

## 14. El valor de nuestra unidad

Lo que he intentado resaltar, meditando brevemente el capítulo 17 del Evangelio según san Juan, es que el deseo culminante de Cristo, el culmen de su misión, y por lo tanto el deseo fundamental del Padre, de toda la Trinidad en relación con nosotros, es que acojamos y vivamos ya desde ahora y para toda la eternidad, la comunión de Dios entre nosotros.

La culminación de la oración suprema de Cristo y, por lo tanto, la intención esencial por la cual Jesús aceptó sufrir y morir por nosotros en la Cruz, es que los discípulos "sean completamente uno, como el Padre y el Hijo son uno" (cf. Jn 17, 21-23). De esto, como dije, depende que la misión de Cristo sea aceptada y realizada en todo el mundo: "para que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado y que los has amado a ellos como me has amado a mí" (17,23).

¡No nos damos cuenta de lo importante que es nuestra unidad! Jesús habla de que "sean completamente uno", esto es, "perfectos en la unidad", que podría traducirse literalmente: "finalizados en uno", "completados en uno". En latín se traduce como: "*consummati in unum*". Es el mismo verbo, en griego y latín, de cuando Jesús grita en la cruz, antes de expirar: "¡Está cumplido!" (Jn 19,30). Acababa de decir: "Tengo sed" (Jn 19,28), expresando hasta el final su deseo más agudo, que no era tanto beber, sino lo que había expresado precisamente en la oración sacerdotal, el deseo que desde la eternidad comparte con el Padre y el Espíritu Santo: el de nuestra perfección en la unidad del amor de Dios.

Tengo la impresión, al menos cuando me examino a mí mismo, de que no somos conscientes de la importancia ardiente de nuestra unidad, de la unidad entre nosotros, entre todos los discípulos y entre todos los seres humanos, la unidad que Cristo pidió al Padre, no solo en palabras, sino ofreciendo toda su vida hasta el último aliento y la última gota de su sangre. Quizás es a este nivel en el que somos superficiales, distraídos, inconscientes. Nos preocupamos por mil cosas, deseamos mil cosas, nos alegramos o nos entristecemos por mil cosas, pero no lo suficiente para "lo único necesario", para el *unum necessarium*, como Jesús le dice a Marta (Lc 10,42). Y lo único necesario es la unidad misma, la comunión de los discípulos gracias a la cual se nos permite participar en la Comunión Trinitaria. Quizá Jesús se lo recordó a Marta no solo, o no tanto, porque no se preocupase por tantas cosas, a expensas de la contemplación de María, sino a expensas de la unidad fraterna con su hermana, que Jesús vino a ofrecerle con su presencia en su hogar.

Por lo tanto, es importante que exploremos qué significa esta unidad y cómo se nos da para vivirla, crecer en ella, experimentarla. No se trata solo de la paz de la Iglesia, de las comunidades, ni tampoco de la paz del mundo. Se trata de nuestro destino final, de la vida eterna, de nuestro estar allí donde está Jesús, en la unidad con el Padre en el amor del Espíritu.

Cuando Jesús habla de nuestra unidad, y ora por ella, es como si la hubiera colocado entre la Trinidad y el mundo, es decir, la colocara allí donde Él está, como enviado del Padre para salvar al mundo. Jesús presenta la unidad de los discípulos como el medio de transmisión *sine qua non* de la salvación que la Trinidad quiere dar al mundo entero. Esto significa que la unidad de los discípulos es lo que decide el resultado de la misión de Cristo Redentor y, por lo tanto, de cada misión en y de la Iglesia. Sin comunión fraterna, no se cumple la misión de salvación de Cristo, aquella por la cual el Padre envió a su Hijo al mundo. De hecho, la primera señal de que la misión de Cristo se ha cumplido, superando toda hostilidad, superando la muerte y el pecado, es el don del Espíritu Santo que el Resucitado da a los discípulos. Y el Espíritu Santo crea inmediatamente entre los discípulos la "perfección en la unidad" que Jesús pidió en la Última Cena. La primera comunidad cristiana de Jerusalén es inmediatamente un signo de esta perfección posible, gracias al Espíritu y en virtud de la muerte y resurrección del Señor. Una perfección, sin embargo, que siempre debe ser acogida y realizada, y que se cumplirá solo al final de los tiempos.

Cuando meditamos en la primera comunidad cristiana, en los Hechos de los Apóstoles o en las cartas apostólicas, vemos que era perfecta e imperfecta al mismo tiempo. Los discípulos fueron de repente "un solo corazón y una sola alma" y "todo lo tenían en común" (Hch 4,32), es decir, ningún bien espiritual o material los separaba. Pero vemos también que rápidamente esta unidad dada por el Espíritu debía ser continuamente reparada, restaurada, reconstruida. ¿Por qué? ¿Podría ser que el Padre no escuchaba más o escuchaba mal la intensa oración del Hijo, o no daba cumplimiento al sacrificio de su vida por esto? Ciertamente no. Solo que la unidad de los discípulos es una realidad que pasa a través de cada libertad, la libertad de cada corazón, de cada discípulo, y por esta razón tiene que comenzar de nuevo y recomponerse a partir de cada creyente, de cada nuevo miembro del Cuerpo del Señor. Por esta razón, incluso en los primeros escritos de la Iglesia, se pasa inmediatamente de la descripción del ideal de comunión de la primera comunidad a los consejos para vivirlo, para convertirse siempre de nuevo a él. Y esto llega hasta hoy, desde la enseñanza de San Pedro hasta el magisterio del Papa Francisco, y así hasta el fin de los tiempos.

Desde esta perspectiva, es útil para nosotros meditar sobre la Regla de San Benito, así como en las obras de nuestros autores cistercienses, como San Bernardo, San Elredo, etc., a la luz de este tema esencial de la unidad como la experiencia más preciada y, al mismo tiempo, más frágil para vivir el cristianismo, en el vivir nuestra vocación y misión.